

Educando para un mundo en cambio constante

Hace unos años cuando mi hijo estaba en tercero de básica su profesor me llamó para decirme que ese año iba a reprobador todas las asignaturas. Bueno, a excepción de deporte. Yo le pregunté que estaba pasando, ya que si bien mi hijo nunca había destacado por tener muy buenas notas, siempre había aprobado sin problemas y los profesores me habían hablado de su alto potencial. Su respuesta fue que mi hijo no se concentraba en clase, no escuchaba las indicaciones, no hacía lo que debía o lo hacía tarde y mal. Me recomendó hablar con la psicóloga. Esta me planteó que si bien no era un niño hiperactivo, si que tenía un claro déficit de atención y me recomendaba llevarlo al médico especialista. Vamos, que me estaba insinuando que el problema de mi hijo se arreglaba con medicación. Comentando el problema con amigos y familiares pronto me di cuenta que todos tenían algún conocido que medicaba a su hijo contra el famoso síndrome de déficit de atención e hiperactividad.

Yo decidí no hacerlo. Y lo hice por varios motivos. Primero, porque no entiendo que se medique de forma sistemática a un niño tan pequeño durante varios años.(¿quién le explica cuando sea adolescente que las drogas no son la solución?) Segundo, porque viéndole concentrado cuando pinta o juega, sé que mi hijo tiene capacidad de concentración suficiente, cuando el tema le interesa. Y tercero y fundamental, porque no creo que la educación tradicional sirva para que mi hijo sea feliz en el siglo XXI.

Y digo esto por que a pesar de que el mundo cambia a un ritmo desbocado el modelo educativo prácticamente no ha evolucionado en los últimos dos siglos. El aula, el profesor y los alumnos, parecen una constante que se resiste a aceptar el cambio. Si uno busca en Google fotos de clases de principios del siglo XX, se encuentra en esencia lo mismo que si va a visitar un aula de hoy en día. Un montón de niños sentados en filas de pupitres, escuchando a un profesor, que parado al frente de la clase, trata de enseñar algunos contenidos de la materia que imparte. Este modelo que funcionó con su bisabuelo difícilmente puede ser el que necesita mi hijo.

Por que el modelo tradicional de educación parte de la premisa de que un profesor investido de autoridad por su cargo y conocimiento ilumina a un grupo de niños que vive en las tinieblas de la ignorancia. De ahí viene el término de *alumno*, o *sin luz (a-lumni)*. Estos niños son receptores pasivos de este conocimiento que les entrega la autoridad, y que se supone es lo que necesitan para comprender y prosperar en el mundo. Y así es en un mundo estable. Un mundo que se mantiene prácticamente constante durante mucho tiempo, como el que nosotros conocimos. Un mundo donde los problemas se repiten una y otra vez y donde siempre tienen la misma solución. En este mundo el conocimiento es el fundamento del progreso. Saber es poder. Porque el saber es la base de la respuesta eficiente; la seguridad de que saldremos con éxito de los desafíos que enfrentemos. En un mundo estable, el que alguien te entregue ese conocimiento y tu aprendas a aplicarlo, es la base del progreso individual y social. Y eso es lo que hacían los colegios tradicionales. El profesor entregaba el conocimiento y

evaluaba que los alumnos los supiesen aplicar a problemas predefinidos. Todos igual. Todos de acuerdo a los mismos criterios. Los colegios y las universidades debían moldear la individualidad de los niños para que pudiesen ajustarse a alguna de las cajitas profesionales que la sociedad ofrecía.

Pero cuando veo el mundo actual, la velocidad del cambio, la cantidad de trabajos que hace pocos años no existían, siento que ese modelo pedagógico tradicional se hace insostenible. Creo que la habilidad imprescindible para vivir en un mundo en constante cambio es la capacidad de adaptarnos. Es la capacidad de aprender, no de saber. Hoy en día el conocimiento ya no es poder. Hoy en día el conocimiento está accesible para cualquiera, en cualquier lugar y en cualquier momento. El conocimiento se ha vuelto un commodity, necesario, como todo los commodities, pero ya no es la base del aporte de valor. Lo que hoy genera valor es la inteligencia, entendida como la capacidad de procesar, intelectual, emocional, artística, física y relacionamente el conocimiento existente; adecuarlo y expandirlo. Quizás deberíamos comenzar a abandonar el concepto de sociedad del conocimiento para empezar a hablar de la sociedad de la inteligencia, o mejor dicho, de las múltiples inteligencias.

Por tanto si hay algo que los niños de hoy en día deben desarrollar y manejar con maestría es su capacidad de cambiar, es decir, su capacidad de aprender y desaprender. Los colegios deberían pasar de enseñar, a facilitar el aprendizaje. Esto implica que más que impartir conocimientos, deberían ser capaces de ayudarles a investigar, a poner en duda lo conocido, a plantear nuevas preguntas y a colaborar en la búsqueda de nuevas respuestas. Requerimos por tanto de capacidad crítica, capacidad de escucha, para integrar la diversidad de enfoques, capacidad para experimentar y arriesgarse, constancia en la búsqueda, capacidad para vivir en la duda y sobre todo muchísimo compromiso y pasión con el aprendizaje continuo. Pero justamente todo esto es lo que el sistema educativo actual inhibe.

Por este motivo decidí llevar a mi hijo a otro colegio, uno de carácter experimental. Y no fue una decisión fácil, porque a ningún padre le gusta que su hijo sea sujeto de experimentación. Preferimos evitar riesgos y más en un tema tan delicado como la educación. No nos gusta hacer pruebas con el futuro de nuestros hijos. Pero yo tenía una certeza: sea lo que sea lo que va a necesitar mi hijo para progresar y ser feliz, no es lo que hoy en día se enseña en los colegios.

Así que llevé a mi hijo a un colegio donde su pedagogía ponía al niño al centro. Él era el responsable de su aprendizaje, el que debía asumir su responsabilidad en función de sus intereses. Y es que observando a mi hijo y a otros niños pequeños veo que desde que nacen son ya protagonistas activos. Desde pequeños se les ha preguntado, se les ha hecho caso, se les ha estimulado, se les ha regalado, se les ha hecho sentir el centro de atención, preocupación e interés de toda la familia. Además han tenido una ingente oferta de juegos y estímulos audiovisuales. Han podido elegir lo que les atraía y dejar de lado lo

que nos les interesaba. Podían ver o hacer algo distinto de lo que hacían sus amigos o hermanos..

Y es fácil entender que estos niños, acostumbrados a ser el centro gravitacional de los adultos cercanos, al llegar a un colegio tradicional se encuentran con que deben asumir un rol totalmente diferente y extraño, para el que no están preparados. En lugar de ser protagonistas activos, pasan a ser receptores pasivos. Y se aburren. Como plantea Sir Ken Robinson, los niños no tienen síndrome de déficit de atención e hiperactividad, tienen aburrimiento. Nosotros estábamos acostumbrados a sentarnos frente a la radio o el televisor, ver lo que nos daban y estar agradecidos. Nosotros hemos sido criados para amoldarnos y ajustarnos al mundo y ser receptores pasivos. Los niños actuales no. Ellos toman el Ipad y prueban, investigan, eligen y colaboran con otros niños. Ellos siguen sus intereses y pasiones individuales. Los niños de hoy ya vienen con la actitud y la predisposición que necesita desarrollar un nuevo sistema educativo.

Entonces, ¿por qué no cambia el sistema educativo? Muy sencillo, porque la inmensa mayoría de los profesores solo saben educar de la forma tradicional, y a muchos padres nos da miedo que se experimenten nuevas pedagogías con nuestros hijos. Así que aquellos que tienen el poder de cambiar el paradigma educacional, son los que más tienen que perder si lo hacen. Y por eso no cambia.

Por suerte son muchos los colegios que ya empiezan a experimentar con nuevos modelos pedagógicos, donde el niño es el protagonista activo de su aprendizaje y el profesor simplemente un facilitador del mismo. Y también somos muchos los padres que empezamos a desprendernos del paradigma de que lo que nos funcionó a nosotros, es lo que necesitarán nuestros hijos. Poco a poco, superando nuestros miedos, vamos abriendo nuevas posibilidades pedagógicas. A mi hijo el cambio de colegio le supuso un renacer: volvió su interés, su alegría por ir al colegio y con ello mejoraron las notas.